

El sueño que nunca termina, por Santiago Roncagliolo

"Hubert Lanssiers soñó con una sociedad que escuchase a todos, incluso a los que cometen actos terribles".



Ver fotogalería
Hubert Lanssiers

Santiago Roncagliolo

Seguir

16.12.2021 / 11:34 AM

La última vez que fui al penal de Castro Castro, descubrí a un cantante de boleros. Yo iba con dos escritores y amigos, Alejandro Neyra y Leonardo Caparrós, a entregar un premio literario para internos de los penales del Perú. A algunos de nuestros premiados, claro, no los dejaban salir.

En Castro Castro, los presos del pabellón 5B fueron increíblemente acogedores con nosotros. Para recibimos, ensayaron obras de teatro y algunas canciones en karaoke, como en los juegos florales de un colegio. Para el fin de fiesta, apareció en escena el maestro F., un señor de aspecto serio y como 60 años. Y se arrancó con una de Manzanero. Creo que fue "Contigo aprendí".

El maestro F. cantaba con tanta emoción y tanta fuerza que se te humedecían los ojos por muy duro que fueras. Así que ahí estábamos, los internos del pabellón 5B y sus visitas, cantando y llorando, como ante una telenovela.

El arte tiene ese efecto. Une en la emoción. Funde a personas muy diferentes en un abrazo, una comunión.

Comencé a visitar la cárceles en los años 90. En esa época, trabajaba en la Defensoría del Pueblo, una institución que ayudaba al padre Hubert Lanssiers a estudiar los casos de inocentes presos por terrorismo para su posible indulto. A veces, me tocaba acompañar al padre en sus visitas.

Lanssiers no era fácil de clasificar. Los policías lo encontraban demasiado amable con el terrorismo. Los presos, demasiado cura. Pero cuando había una crisis –un registro, un motín, un muerto en un pabellón–, siempre terminaban todos por